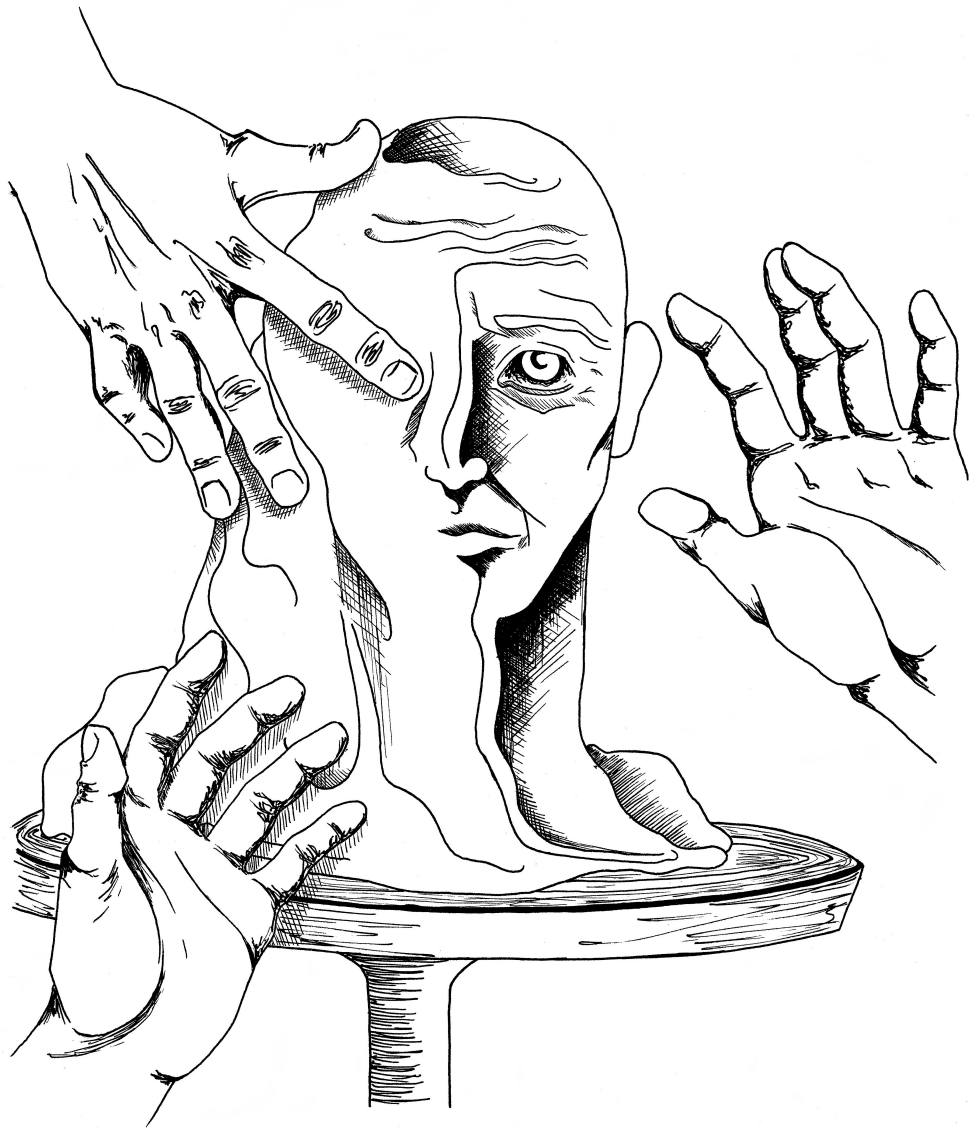


DA CAPO!

NÚM. 3/ NOVIEMBRE 2013



Revista Da capo!

Fecha de publicación: noviembre de 2013

Lugar: Granada

Correo electrónico: revistadacapo@gmail.com

Blog: <http://revistadacapo.wordpress.com/>



Facebook: Da capo Revista de Filosofía y Pensamiento



DA CAPO!

EDUCACIÓN

**GRANADA
NOVIEMBRE DE 2013**

ÍNDICE

¿Para qué sirve eso? Anónimo Sinnómbrez Desconocídez
pág. 6

El aprendizaje socio-emocional en el sistema educativo actual. Julia Gómez García
pág. 10

Repetición, comprensión y creación. Alejandro Villar Navarro
pág. 13

Sobre la educación. Jose Gallardo
pág. 17

Sócrates en el aula. Omar Linares Huertas
pág. 22

Tres apuntes sobre educación. David García
pág. 27

Educación por y para el individuo. Manu Fernández García
pág. 31

Ensayos de cine: La educación alemana. Carlos Álvarez Díez
pág. 37

Educación de la competencia social y prevención de conflictos: La Familia y la Escuela. Alba Sánchez
pág. 42

La educación es efecto de la naturaleza, de los hombres, o de las cosas. La de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educación de los hombres es el uso que nos enseñan éstos a hacer de este desarrollo; y lo que nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión recibimos, es la educación de las cosas.

Así, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonía consigo mismo, el discípulo que tome de ellos lecciones contradictorias; sólo ha dado en el blanco y vivirá una vida consiguiente, aquel que vea conspirar todas a un mismo fin y versarse en los mismos puntos; este sólo merecerá el título de bien educado...

Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o la educación*

(I)

-¿Y eso, para qué sirve?

- ¡Mi querido alumno, si yo te contara! Esa inutilidad, esa banalidad que agudamente detectas en el contenido de mi explicación, ¡qué delicadamente ejerce sus influjos secretos! Lo notas, lo tienes ante ti, y te retuerces con ello. Lo que te estoy explicando, en efecto, es fútil y merece ser olvidado cuanto antes. Pero aunque lo olvides, habrá servido. Habrá servido para que te acostumbres un poquito más a procesar información procedente de una autoridad. Habrá servido de excusa para mantenerte encuadrado. No harías nada provechoso si te soltáramos, todos sabemos eso. Cada hora que pasas sentado en tu pupitre, ¡es un triunfo político! Permaneces cada minuto bajo nuestra cariñosa vigilancia, ¡y qué suerte que el Conocimiento Humano sea tan extenso como para darnos un mensaje interminable, que puede prolongarse durante doce años de escolarización, o los que hagan falta, sin apenas atropellarse! Una nueva clase, y se continúa por donde se dejó. El proceso es lento y cansado, agónico, ¡y en una semana se podría echar por tierra el trabajo de un lustro! ¡No podéis faltar a clase! Tenéis que habituaros a esto: aceptad sin más las órdenes. El temario es el que es. Y a mí, hacer esto me da de comer.

¡Oh, pero nunca, nunca podría responder eso! Lo cierto es que amo lo que explico, ¿no lo veís? ¡Es fascinante! ¿No os maravilláis como yo ante los milagros de la Naturaleza y las hazañas de la Humanidad? ¿Cómo podéis no apreciarlo? ¡Es hermoso en sí mismo! ¿No os resulta interesante? ¡Es el mundo en que vivís!

No me dirijo a los profesores, quienes sobradamente conocen todo esto, sino al estrafalario estudiante. Porque realmente que todo este enjambre en que andas metido te sirva como vía a tu aprendizaje y desarrollo personal, o se trate meramente de cuatro conductas para no acabar en la cárcel, depende crucialmente de ti. Puedes tomártelo como quieras.

(II)

Al pensar en la Educación, nos moveremos entre los siguientes dos polos:

1) El objetivo del sistema escolar es producir trabajadores que paguen sus impuestos y que no se metan en lo que sí les interesa. (En gran medida se trata de una máquina fabricante de las piezas que permiten reconstruirla progresivamente). Es posible. Pero corremos el riesgo de caer en el delirio de querer reducirlo todo a monstruosas estructuras anónimas que funcionan automáticamente, a merced de las cuales estamos sin posibilidad de decisión.

2) La misión del profesor es la de educar a sus alumnos para que puedan emprender libremente su búsqueda de valores, sobre la base del respeto y en pos de la justicia. (Se parece a una lucha por la vida en que el sabio pasa su relevo al iniciado). Quizá. Más pecamos de la ingenuidad ciega del enamorado, fácilmente manipulable y susceptible del sufrimiento más profundo, frente al fracaso de nuestros buenos propósitos.

Nuestra contradicción viviente, la Educación, surge de que estas dos concepciones, estructural y humana, no sólo coexisten sino que deben hacerlo en constante enfrentamiento. La segunda pide lo imposible: la armonía universal. La primera impide lo posible: el caos total. Tienen fines distintos y apelan a valores diferentes. No son

mutuamente excluyentes, pero la diferencia de enfoques supondrá un constante litigio entre quienes se adhieren en un determinado momento a una o a otra.

Es común del profesor joven buscar transmitir la posibilidad de convivencia en idílica armonía: lleno de ánimo y confianza, aguijoneará torpemente a sus compañeros reticentes para insertar la novedad y el cambio, tomando la iniciativa de actividades o proyectos con gasto extremo de energías, y seguramente topándose con las decenas de obstáculos burocráticos que las instituciones han ido colocando a sus entusiasmados propósitos. (No puede llegar cualquier novatillo a revolucionar la escuela de la noche a la mañana. También en el profesorado se establecen jerarquías que se conquistan).

Un profesor más viejo, por contra, tiene la experiencia de haber visto cómo año tras año fracasaba el ideal humanista incluso cuando por fin parecía que podía funcionar. Los alumnos resultan ser más propensos al hastío, la pereza y la rebeldía de lo que se imaginaba, insolidarios a los esfuerzos que se hacen "por su bien futuro". Pero el profesor no deja de sorprenderse de que, aún así, si se limita a concebir la escuela como fabricante de trabajadores, entonces apenas hay verdaderos fracasos. Descubre que el sistema escolar funciona relativamente bien en este sentido restringido: es la última barrera disciplinaria antes de que actúe el sistema penal y carcelario. Llega un momento en que al profesor le basta con eso, y habiendo renunciado a las desmesuradas expectativas idealistas, elige convertirse en guardián del delicado equilibrio de fuerzas que componen el Centro. Nada le horrorizaría más que verlo desmoronarse a causa de la estupidez de un recién llegado. (Naturalmente, sólo se indica una tendencia general dependiendo de la edad del profesor, cada actitud particular dependerá de la persona y

hasta de cómo se haya levantado ese día).

¿Es absolutamente necesaria esta dicotomía de visiones? ¿Es inevitable la distribución descrita de comportamientos? Seguramente no. Se podría imaginar un sistema educativo concebido de forma radicalmente diferente, perfecto y equilibrado, pero lo cierto es que si efectivamente lo diseñáramos y quisiéramos aproximarnos a él no iba a ser posible una repentina suplantación. El mundo humano tiene memoria e inercia, las cosas se hacen poco a poco, y será de entre los quicios de este esquema de constante movimiento de donde irán saliendo las soluciones. Unos se saldrán con la suya, pero otros vendrán pronto y nadie está para quedarse. Las iniciativas demasiado arriesgadas serán moderadas, las reglas demasiado rígidas serán transgredidas. En este juego de abrir puertas y parar pies, cada profesor ha de encontrar su adversario proporcional. La lucha no puede ser a muerte ni ha de caer en la vanidad personal: en todos está la duda constante, y sobre todo está presente la mirada atenta de los miles de alumnos en las aulas y fuera de ellas, que exige una toma práctica de responsabilidades llegando a compromisos auténticos.

Actualmente cualquier centro educativo dice tener como objetivo el desarrollo general del niño, incluyendo el aspecto cognitivo, intelectual, emocional, ético y social. Sin embargo en sus programas educativos no figuran materias como: las habilidades sociales, el autocontrol, la planificación, gestionar e interpretar sentimientos y emociones.

A los 3 años podemos empezar a enseñar y reforzar para que el niño sea consciente de sus distintas emociones. Por ejemplo, cuando quita el juguete a otro niño decirle *“¿qué le pasa a este niño?, ¿puede ser que le has quitado su juguete, y por eso está triste y llora?”*

Las emociones son la base de nuestras decisiones y de nuestras relaciones, de ahí la importancia y necesidad de educar las emociones. Es decir, del aprendizaje socio-emocional.

El sistema educativo actual interfiere en el aprendizaje socio-emocional al cometer 3 errores graves:

1. No tiene en cuenta que nuestra inteligencia es emocional y que podemos mejorarla con las prácticas adecuadas.
2. Los profesionales de la enseñanza a veces olvidan que además de lidiar con la diversidad cultural en las aulas, también deben enfrentarse con lo que tienen en común todos los alumnos... las emociones (celos, rabia, enfado...). Al interpretar bien las emociones de otros, se mejora la capacidad de empatizar con ellos. Por esta razón es importante diferenciar y verbalizar las diferentes emociones. Esto es lo que en Psicología se denomina APRENDIZAJE SOCIO-EMOCIONAL.

3. El último pero no menos importante es el menosprecio a las materias creativas y artísticas, principalmente relevantes para la expresión emocional.

Los centros educativos se limitan a “justificarse” presentando sus “planes de convivencia”. Proyectos y programas... que de llevarse a cabo, quedan a expensas de la disposición e implicación de los profesores, que “tienen que cubrir horas”.

¿Cuántas de estas horas están dedicadas a educar nuestras emociones? En concreto:

1. Percibir e identificar correctamente las emociones.
2. Aprender a construir y mantener relaciones.
3. Aprender a tomar decisiones responsables y éticas.
4. Aprender a ponerse en el lugar del otro (empatía).
5. Enseñar a enfrentarse de forma ética y eficaz a los conflictos con los demás.
6. Concienciar de la existencia de conflictos que no podemos resolver. (Disentimos en formas de pensar y no podemos compartir las mismas opiniones pero si respetar la opinión del otro en lugar de acudir a conductas violentas o agresivas).

Los programas de habilidades sociales y educación emocional son beneficiosos en 6 ámbitos destacados:

1. Desarrollo de habilidades sociales.
2. Escaso comportamiento antisocial.
3. Reducción del consumo de drogas.
4. Aumento de la autoimagen positiva.
5. Aumento del éxito académico.
6. Aumento del comportamiento prosocial.

Además, los resultados de los estudios realizados en este ámbito del aprendizaje social y emocional demuestran que:

- Se reducen los síntomas depresivos y los pensamientos suicidas en los niños que realizan programas para afrontar la depresión.

- Los niños que realizan programas para combatir la ansiedad tienen más capacidad de negociar consigo mismo. Distinguen mejor sus metas y saben qué hacer para conseguirlas.

Después de todo lo comentado ¿no habría que dar mucha más importancia y dedicación al aprendizaje socioemocional?... Al igual que un profesor de matemáticas debe tener conocimientos en esta materia ¿por qué en lo que concierne a los aspectos cognitivo - emocionales no se exige un profesional de esta materia?

El educador social del centro educativo no puede "materialmente" dedicarse a llevar a cabo las horas (a pesar de ser muy escasas), destinadas a estos aspectos que complementan y forman parte del desarrollo vital de los alumnos y alumnas de los centros educativos. ¿Alguien piensa que es por falta de profesionales que puedan aportar sus conocimientos?... Se me olvidaba la respuesta "de moda"...*"con los recortes nos vemos obligados a contar sólo con el personal del centro"*.

No me queda más que desear SUERTE a tod@s para que en nuestras vidas nos encontremos con "buena gente" que nos ayuden de forma óptima a educarnos emocionalmente.

La capacidad de aprender es una de las cualidades que nos configuran como seres humanos y por ello, la educación, en la medida que nos ayuda a aprehender es de suma importancia. Gracias a ella transmitimos conocimientos y los fijamos, es una forma útil de no perder el tiempo inventando lo que ya inventaron otros.

Podemos distinguir tres tipos de capacidades que se corresponden con tres etapas de nuestra educación. Comenzaré por explicar dichas capacidades.

La primera capacidad es la de la memorización y repetición.

Esta capacidad está enfocada a la adquisición de conocimientos. Los niños desde muy pequeños son muy buenos en esto, repiten todo lo que ven a su alrededor, nos recuerdan a pequeños loros y en ocasiones hay que tener cuidado con lo que se dice porque la imitación es inmediata.

Una segunda capacidad es la de entender e interpretar la información que se recibe del exterior. Esta capacidad es más compleja y se reserva a los humanos y quizás a algunos animales superiores.

La tercera capacidad es la de crear. Se pasa de asimilar y comprender lo que otros han dicho a crear nuevas soluciones a problemas ya existentes, o a plantear otros nuevos, e incluso a cuestionar los conocimientos más básicos o procesos anteriormente adquiridos y dados por válidos hasta el momento.

Hasta aquí hemos visto las distintas capacidades humanas para conocer: repetición, comprensión y creación. A pesar del que pueda parecer trivial, me parece importante distinguir esas tres capacidades para tratar el tema de la educación.

Normalmente la cuestión de la educación se discute

desde dos perspectivas: la que trata de encontrar los mejores medios para educar a una persona (pedagogía) o articulando el fin último que debe perseguir la educación (filosofía de la educación). No se puede descubrir el mejor método para educar a una persona sin plantear qué fin tiene esa educación, y ésto no se puede hacer sin describir las distintas capacidades a las que he hecho referencia anteriormente, ya que no hay un solo fin, sino que el objetivo debería ser mejorar cada capacidad en cada etapa.

Hay que distinguir tres etapas, que se corresponden con cada una de las capacidades. Estas etapas no son cerradas e interactúan unas con otras, no se puede fijar un principio exacto y menos de una forma general.

En la primera etapa somos esponjas que absorbemos información y la repetimos inconscientemente, es por tanto útil establecer como fin la memorización, la absorción maximizada. Quizás deba ser una etapa más autoritaria, es más importante guiar, ya que no hay conocimiento de las acciones que se realizan. Es una etapa de educación memorística, de cuidado de la persona y de establecimiento de normas de conducta.

Como ya he dicho las etapas no son cerradas, por tanto en esta etapa, poco a poco se debe dejar más libertad al individuo a equivocarse y explicarle las cosas, hacerle comprender. Se pasa del "haz esto" al "¿entiendes esto?".

Una vez que se sabe y comprende algo queda un último paso fundamental, el de la creación, en un sentido amplio. Este sentido amplio comprende tanto el crear nuevas soluciones a problemas, como algo igual de importante, el crear nuevos problemas (nuevas cuestiones) o darles un nuevo enfoque para su resolución.

El gran problema de nuestra educación es que en la mayoría de casos (por suerte me he encontrado con profesores que rompen la generalización) se fomenta la memorización y la repetición, dejando incluso de lado la comprensión.

Ejemplo de ello es la forma de evaluar a los alumnos, extendida por la mayoría de nuestro sistema educativo: los exámenes. Este tipo de evaluación es importante en cierto grado, ya que fomenta una de nuestras capacidades, la de memorizar, importante para no perder el tiempo resolviendo problemas ya resueltos, pero escribir en un papel lo que otros han dicho o han hecho ni siquiera puede servir para evaluar si una persona ha comprendido lo que dice, o sólo repite como un loro.

He planteado un problema del sistema educativo, pero no me gustaría quedarme en la mera crítica, sino aportar algunas soluciones, que obviamente no son las únicas. Las soluciones deben intentar responder a cómo se pueden fomentar las otras capacidades y no quedarnos sólo en la memorización. Se me ocurren algunos medios, uno de ellos puede ser la complementación de la carga del examen con otros métodos de evaluación alternativos, como por ejemplo, trabajos que puedan ser mínimamente creativos, que no sea sólo volver a escribir lo que otros han dicho, ya que volveríamos a lo mismo. Otra forma de fomentar la creación, dejando de lado la forma de evaluar, es la de la participación del alumno en clase. Las clases funcionan de modo unidireccional, el profesor enseña al alumno la lección y se va. Pero creo que sería más útil que la educación fuera multidireccional, es decir, que se dediquen algunas clases a crear debates entre los alumnos sobre lo explicado en clase o cosas relacionadas, de forma que el alumno puede aportar algo. Todo esto puede parecer bastante utópico si tenemos en mente clases de alumnos en plena adolescencia, pero si se normaliza desde el principio y de forma general en las clases, se puede hacer comprender que la opinión del alumno también importa y no sólo lo que digan los libros o los profesores (que también es fundamental).

El avance de una sociedad sólo se puede dar a través de nuevas respuestas a los problemas que existen o en un

replanteamiento o innovación en las preguntas (señalar otros nuevos), sean los problemas del tipo que sean: tecnológicos, políticos, filosóficos, etc. Tampoco hay que caer en la tentación de crear soluciones nuevas de la nada, es necesaria una actitud de escucha antes de crear. No fomentemos sólo la memoria, centrándonos en el coleccionismo del saber; ni la creación por la creación, centrándonos en la avidez de novedades.

La educación puede entenderse de varias maneras. Señalo dos que me parecen las principales desde las que se derivarán las demás. Del contraste entre ambas surge mi posición al respecto.

Entendiendo la educación como un conjunto de conocimientos que se recibe en los centros de educación (escuelas, colegios, institutos, universidades, etc.) y, de manera minoritaria, en las casas (la familia preparaba al alumno para su entrada en la escuela, enseñándole a hablar, pensar y comportarse, y cómo ha de recibir esos conocimientos) podemos optar, al menos, por dos opciones de escuela. La primera consiste en entender los centros formativos como dadores de saberes. La segunda consiste en entenderlos como fuentes de humanización. No creo que haya muchas más maneras. La primera es puramente funcional y la segunda utópica.

En la primera manera de entender la formación, la formación misma no tiene valor propio. Uno no va a la escuela por el hecho abstracto de querer aprender, va porque lo necesita para poder acceder a un puesto de trabajo en el que cree que se sentirá cómodo. Puede sonar un poco descorazonador para los más románticos, pero este pragmatismo no está exento de razón. Es mejor destinar todas las fuerzas a una sola cosa, o al menor número de ellas, para poder hacerlas realmente bien.

Sin embargo, el problema de esta opción tan cabal consiste en que la transmisión de saberes, en la visión funcional de la educación, forma única y exclusivamente a técnicos. Cuando alguien decide que, pase lo que pase, va a ser médico, enfocará todas sus energías a ser médico y empleará todo su tiempo en el estudio de la medicina y lo

directamente relacionado con ella. Y esta es la trampa.

Nadie se opondrá a que alguien encauce sus fuerzas, esperanzas y tiempo en el estudio de una sola cosa, a fin de que pueda llevar a cabo su proyecto lo mejor posible. El problema es que alguien que haga eso, aunque pueda convertirse en un médico realmente bueno, es probable que no sepa de nada más que de medicina. Esta forma de entender los procesos formativos a los que nos sometemos, es la predominante.

No es una sorpresa constatar que, siguiendo la premisa de la transmisión de saberes, España tenga una educación bastante mala. No recuerdo cuál fue el informe en el que se situaba a nuestro país a la cola de la comprensión lectora y las operaciones matemáticas, pero sí recuerdo estos resultados. Quizá sea extrapolar demasiado pero, ¿para qué necesita un médico saber leer algo que esté fuera de su campo?, ¿para qué necesita una persona de letras saber matemática básica? ¿Acaso un buen escritor necesita saber hacer operaciones con fracciones? Una aclaración, esta forma de entender la educación es mucho mejor que entender que la educación sólo debe estar al alcance de quien pueda pagarla, o entender que no debe haber derecho a la educación (que es lo mismo).

La visión utópica de la educación consiste en asumir la premisa de que el conocimiento mejora a las personas. Obviamente no está demostrada y siempre cabe anunciar con ánimo hosco "depende de qué sea lo que se conozca". Sin embargo, lo sugerente de ésta idea es tan fuerte que ha regido todos los movimientos humanistas. Si la examinamos podemos señalar que, con la profusión de saberes distintos que se dan en la actualidad, un sabio al estilo renacentista (aquellos que sabían matemáticas, medicina, filosofía, gramática, artes y, por si fuera poco, moral) es francamente imposible. Conocer los rudimentos de la física cuesta varios años, y así con los demás campos, por lo que ser

especialista en todos y cada uno de ellos es un sueño. Lo inviable puede hacernos pensar que esta opción es imposible y que debemos conformarnos con la anterior. Por lo menos nos asegura que podremos formarnos en algo. Pero entender esta idea así, creo que es pervertirla. Uno no necesita ser casi un erudito en todas las materias para ser competente y, además, cívico. Lo que creo que quiere decir esta idea que rige los movimientos humanistas es que, una vez que la persona ha sido suficientemente formada, es capaz de elegir libremente cómo vivirá su vida tanto a nivel profesional como personal. Un buen filólogo no necesita, para ser un buen filólogo, saber cómo se hacen ecuaciones, pero a nivel personal, su vida puede verse enriquecida por este conocimiento. Y conocer los rudimentos de la economía no le va a venir nada mal a nadie que viva en un mundo globalizado. En el plano ético, que, sin duda para mí, debe ser el central de todo lo humano, unos conocimientos básicos son más que necesarios cuando ocurriese una situación de crisis económica en la que los derechos de todos y cada uno se vean reducidos a meras concesiones, y el futuro de las familias dependa de la buena conciencia de los gobernantes.

Por tanto, la visión humanista de la educación privilegia lo que el ser humano puede llegar a ser si se le forma adecuadamente, mientras que la funcionalista enfoca los esfuerzos de las personas en una sola dirección para hacerlos fructíferos.

Actualmente, predomina la primera, la visión funcional de la educación. El funcionalismo y el pragmatismo no son algo negativo. Gracias a ellos hemos podido descartar grandes mitos y hemos podido hacer la vida mucho más sencilla de lo que era. Sin embargo, el problema fundamental del pragmatismo es que suele servir para justificar lo injustificable. Como ya he dicho, no es para nada negativo el que alguien dedique toda su energía a una única empresa.

Pero, cuando el pragmatismo se pervierte, obtenemos que es mucho más útil que las rentas altas no paguen tantos impuestos (a fin de que no se lleven sus fortunas a otros países, aunque de todas formas lo hagan), que es mucho más simple que la educación cueste dinero para poder recaudar, que es mucho más útil que los enfermos crónicos paguen gran parte de sus medicamentos porque son caros, que las familias pierdan sus casas para poder salvar a los bancos y que la policía cargue contra los que se manifiestan en contra de todo esto para poder seguir haciéndolo impunemente. Cuanto más avanza el pragmatismo pervertido, más retrocede el humanismo.

La educación de especialistas conlleva también la división social ante causas que afectan a todos. ¿Por qué iba un médico a manifestarse en contra de los recortes de los sueldos de los profesores?, ¿por qué iba un profesor universitario a acompañar a los alumnos a los que les han subido las tasas? En los primeros momentos de la crisis, la unión entre afectados sólo se dio gracias a la síntesis que el 15-M realizó, y ahora comienza a desmoronarse. Si no me equivoco, las mareas ciudadanas comenzarán movilizar muchas menos gente cada vez.

Y ya que hablamos del pragmatismo pervertido, hay que hablar también del humanismo perverso. Aquel que señala dogmáticamente lo que es bueno para todos sin estar sujeto a críticas. Ambos son dos perversiones de buenas ideas. El pragmatismo ayuda a solucionar grandes problemas de manera sencilla, y el humanismo debe servir para encauzar la vida de las personas hacia lo que deberían ser. O, si esto os repele demasiado, encauzar la vida de las personas alejándolas de lo que no deberían ser.

Para finalizar, mi propuesta no es nueva. Hay que sintetizar ambas, a fin de ofrecer una educación útil y humana. Los excesos de una de las partes (el dogmatismo del

humanismo perverso, por ejemplo) pueden ser controlados por la otra (una visión crítica que emane de un examen pragmático de las ideas que quieran inculcarse en los alumnos). Dicho esto, no quiero terminar sin señalar una cosa evidente: es mejor una educación incompleta que ninguna. Y es necesaria defenderla contra viento y marea. No es una cuestión sólo de justicia, es una cuestión vital. El no poder acceder a una educación nada más que decente, hace que la vida de las personas sea mucho más difícil y precaria. Pero mucho mejor que no acceder a ninguna.

Es común escuchar aquello de que “en la escuela nos enseñan contenidos, pero no nos enseñan a pensar”, una sentencia que nunca deja de llamarme la atención. Según parece, la experiencia común dicta que todo cuanto se estudia en el colegio refiere a conocimientos enfocados hacia alguna competencia concreta, o a la superación de cualquier prueba autorreferencial de fin de ciclo, que exigirá aquello que impuso en cursos anteriores, sin que nadie sepa muy bien por qué ni para qué. Desde luego precisamos conocimientos técnicos, aplicados, pero frente al declive actual que sufre la enseñanza, obligada a despreciar saberes humanistas en pro de la especialización y empleabilidad futura de los alumnos (tal vez ignorando las competencias derivadas del estudio de las humanidades), cabe preguntarse por qué aquellos ideales ilustrados, cuya fórmula *educación = formación de individuos autónomos y críticos*, tan presente en la prosa de las sucesivas leyes de educación actuales, se encuentra ausente en la praxis cotidiana de nuestra enseñanza.

Centrándonos en la cuestión inicial, cabe preguntarse cómo es posible enseñar a pensar por sí mismos a alumnos que se encuentran inmersos en un sistema que premia la memorización y la repetición, pero no la innovación o la crítica. Sin duda, la receta más sencilla sería que los contenidos explicados no fueran presentados como absolutos, permitiendo así, no el rechazo por parte del alumno, pero sí la invitación a cuestionarlos, y como tal, a reflexionar sobre ellos. Sin embargo, en el modelo de clases por las que la mayoría hemos pasado, esto parece un tanto idílico. Muchos docentes aseguran que los logros de sus esfuerzos se limitan a que sus alumnos entiendan algunos datos, por lo

que esa otra formación no académica, más humana, escapa a las posibilidades y medios con los que cuentan. La situación actual parece insinuarnos que, aunque en la mayoría de los casos los esfuerzos del cuerpo docente son sobrehumanos, dadas sus condiciones, no es loable exigirles nada más. Pues bien, para todos aquellos profesores y maestros interesados en ofrecer a sus alumnos una dinámica de aprendizaje diferente, un proyecto factible de desarrollo de las capacidades críticas y reflexivas de sus alumnos, aquí ofrezco unos primeros indicios como aporte a su titánica tarea. Les invito a que, durante el tiempo que dure la actividad, se conviertan en un auténtico Sócrates, sea en el aula de filosofía o en cualquier otra.

A principios de los años veinte del siglo pasado, Leonard Nelson, un filósofo neokantiano preocupado por la cuestión de la enseñanza filosófica, diseñó una dinámica de *Diálogo Filosófico* a partir del proceso mayéutico ideado por Sócrates y posteriormente plasmado pésimamente en los diálogos platónicos. Se trataba de un modelo de trabajo grupal, cooperativo, válido para toda clase de grupos, desde los primeros años hasta la vejez y fuera cual fuera su formación académica o cultural. Un auténtico *Método Socrático*, entendiendo que no hay elemento más socrático que el esfuerzo de vislumbrar la verdad a través de un diálogo regresivo, que retrocede tras sus pasos hasta dar con el eje sobre el que gira cada opinión y creencia. Veamos más sobre él.

Utilizando como núcleo central una simple pregunta, escrita quizás en la pizarra, se inicia un diálogo cuyo único fin será el de darle una respuesta. Planteada la cuestión, el papel del profesor se limitará a mantener vivo el diálogo, animando y dinamizando el flujo cuestionador, pero sin guiar ni aportar nada a él. Por turnos, los alumnos realizarán sus intervenciones de manera natural, ya sea respondiendo o añadiendo alguna pregunta, recibiendo del

profesor únicamente nuevas preguntas, que tan solo referirán al contenido de lo ya dicho, no añadiendo así ningún dato positivo al diálogo, motivando el cuestionamiento de lo expresado. Esta es la ayuda que ofrece el docente, el no atendimiento a la llamada de socorro de sus alumnos, que esperan algún tipo de orientación. Sócrates nunca dejó que la compasión entorpeciera su tarea de lograr que su interlocutor obtuviera un pensamiento más fluido y libre de obstáculos, por lo que el profesor, inmerso en su perfil socrático, tampoco deberá caer en la tentación de perjudicar a sus alumnos “ayudándoles”, ya que no hay para ellos mejor ayuda que la de aquel que respeta sus potencialidades intelectuales y actúa en fomento de las mismas.

Cada pregunta del profesor, al referir a lo dicho por los alumnos, les obligará a dar un paso atrás en su planteamiento, por lo que el nuevo conocimiento que obtendrán será resultado de plantearse cada afirmación y retroceder hasta la base que la posibilitó. Así, respondiendo y aclarando toda pregunta y respuesta, los alumnos no van más allá de la cuestión, sino más acá, destapando los mecanismos de funcionamiento de su propia opinión, sus creencias, al extraerlas de sus aportaciones. Entran en contacto con un sentimiento de ignorancia, con la estructura falible de toda opinión, llegando a la raíz de su pensamiento, y todo ello en grupo. Así, conforme avanza el proceso, el nivel conceptual irá elevándose gracias al pulso intersubjetivo y comunitario. No nos engañemos, es normal que en el transcurso muchos alumnos desconecten y les cueste reengancharse. No es problema, la llamada *perplejidad del círculo socrático* es también un logro del proceso. El concepto central es el de *diálogo*, operar a través de la razón, y no el de *debate*, por lo que pedir ayuda o solicitar una recapitulación de lo dicho siempre será una opción válida y productiva.

Las expectativas son altas, pero los beneficios son aún mayores. Buscar un diálogo filosófico de este tipo implica promover la serenidad del pensamiento, algo difícil en el aula, pero posible. Por poco avance que podamos apreciar, cada intento influirá en el desarrollo de la disciplina intelectual del alumno, de su rigor filosófico. Se exigirá que toda intervención esté vehiculada a través de un pensamiento propio, expresado en lenguaje común, compartible por todos, para que las reflexiones de unos redunden en beneficio de otros. Así, desprovistos del anhelo de grandes conclusiones y entregados al ejercicio de sucesivos cuestionamientos, veremos cómo en los alumnos afloran las aptitudes necesarias para cuestionar lo arbitrario, preguntarse por las raíces de sus opiniones y, por tanto, moldear de forma positiva el adoctrinamiento del que llevan años siendo víctimas.

Los beneficios que los participantes en este tipo de diálogos obtienen, es lo que los especialistas denominan *virtudes socráticas*. De entre ellas, cabe destacar el desarrollo de la perseverancia, frente a lo complicado de la cuestión; de la paciencia, por los constantes retrocesos; de la escucha, referida a las aportaciones y planteamientos de los otros miembros del diálogo; de la confianza, enfocada a las capacidades intelectuales personales y el valor de la propia duda; de la humildad, necesaria para acercarse a los límites de la opinión; de la empatía, al reconocer los errores propios en el otro y percatarse de la importancia de éste en el proceso, etc. Toda una experiencia filosófica que hará aflorar en el alumno los primeros brotes de un pensamiento autónomo, crítico y consciente del papel que los prejuicios ocupan en su pensamiento cotidiano, ya que ha sido testigo de su influencia en el devenir del diálogo. Aprende así a distinguir entre su opinión personal y sus propias capacidades cognoscitivas y de raciocinio. Reflexiona desde su experiencia, pero permitiéndose ir más

allá de sus límites, hasta el encuentro con la experiencia del otro y el pensamiento grupal.

Desde su creación, son muchos los países que han adoptado esta clase de formatos filosóficos en sus modelos de enseñanza, y también muchos los filósofos que han decidido dedicar esfuerzos a investigar, mejorar y difundir este tipo de dinámicas de desarrollo filosófico, con la intención de que la filosofía recupere de alguna manera ese papel social y transformador que antaño poseyó, pero que desgraciadamente muchos se han empeñado en ocultar y hacernos olvidar. Sócrates dedicó su vida a promover el pensamiento entre sus vecinos, porque creía en los beneficios que la reflexión filosófica reportaría a todo individuo. Siglos después, puede que debamos preguntarnos por la vigencia de su pensamiento, el valor de su proyecto y la deuda contraída por la confianza depositada sobre cada uno de nosotros. Quizá aún podamos convertirnos en esos individuos críticos y racionales que él creyó que podíamos llegar a ser. Quizá, como gesto simbólico e iniciático, aún podamos entregar ese regalo a la infancia, a esos niños, futuros adultos, que están por venir.

Para seguir investigando:

- Linares Huertas, Omar (2013). Enseñar a filosofar: La aplicación del Diálogo Filosófico como pedagogía del pensamiento crítico. 50ª Congreso de Filosofía Joven, Granada, 5-8 junio, (paper).
- Nelson, Leonard (2011). El arte de filosofar. *Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*, 9.
- Nelson, Leonard (2011). El método socrático. *Diálogo Filosófico*, 80, 271-294.

"La meta final de la verdadera educación es no solo hacer que la gente haga lo que es correcto, sino que disfrute haciéndolo; no solo formar personas trabajadoras, sino personas que amen el trabajo; no solo individuos con conocimientos, sino con amor al conocimiento; no solo seres puros, sino con amor a la pureza; no solo personas justas, sino con hambre y sed de justicia."

John Ruskin.

Lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en el concepto "educación" es una institución arcaica y tiránica, sesgada y mediatizada, opresora y despótica que moldea nuestra mente siendo aún jóvenes imberbes para obligarnos a pensar cómo, qué y cuando el sistema quiera. Lo segundo que sigue a esos negativos pensamientos son palmadas en la espalda, horas de charla y reflexiones, preguntas y respuestas, y juegos interminables que me descubren, organizan y enfrentan al mundo que empiezo a conocer. Lo primero es propio del sistema, lo segundo está fuera de él.

[Primer apunte: Educación ≠ Academicismo]

Principalmente quiero dejar claro que la educación como tal se acerca más al segundo tipo de pensamientos que al primero. Cuando hablamos de educación, cuando luchamos para que nuestros hijos tengan unos estudios y puedan ser alguien en la vida, cuando nos indignamos con las subidas de tasas de la universidad, o cuando nos echamos las manos a la cabeza por la falta de motivación que sufren nuestros jóvenes, no debemos olvidar que la verdadera educación está al alcance de nuestra mano. La sociedad actual tiene grandes

demonios que le atormentan y distorsionan, y la educación es uno de tantos, sin embargo, no podemos responsabilizar a las instituciones de todos los fracasos que hay en la sociedad. Cuando hablamos de educación en un ámbito académico podemos criticar y reprochar a la institución competente su incapacidad para hacerse cargo de nuestro futuro, no obstante, y por suerte, la educación académica no crea a las personas. No quiero con ello encubrir la responsabilidad de la institución con respecto al fracaso escolar y el sistema educativo, simplemente quiero llamar la atención ante el fracaso de ese otro tipo de educación que realmente está en nuestras manos. Quiero apuntar que existe un concepto de educación que no trata de temarios y de conocimientos, que no trata de interminables listas de números o declinaciones, que no exige una memoria voraz e insaciable; quiero llamar la atención sobre esa educación social, cultural, moral o emocional que se da en el día a día, a pie de calle y en cualquier interacción entre individuos. Esa educación que nos prepara para enfrentarnos ante nuestro mundo, que nos ayuda a comprender nuestro universo y nos sitúa en la vida. Esta educación no es responsabilidad de un estado, y su fracaso no tiene que ver con política, economía, o religión. Esa educación que atañe directamente a la motivación del individuo, esa educación que nos entrena ante una vida ciertamente hostil, es responsabilidad de todos y cada uno de nosotros, individuo por individuo.

[Segundo apunte: Educación ≠ competición]

Por otra parte, quiero concienciar sobre otra de las quimeras que debemos derrotar cuando hablamos de educación: la idea incongruente e inoportuna de que los niños son contenedores que deben de llenarse con las más absurdas teorías e informaciones. La idea de que debemos crear máquinas capaces de recordar y vomitar hasta el último detalle de lo que han leído y memorizado. En una sociedad

cada vez más especializada, se nos olvida el hecho placentero del conocer por conocer. El utilitarismo copa nuestro sistema educativo y se nos muestra la información como un medio para alcanzar un fin (bienestar, empleo, riqueza...) olvidándonos por completo de la estimulación que nos mueve a comprender, al amor a la sabiduría, a esa sorpresa infantil que lleva al ser humano a preguntarse por el sentido de las cosas, a indagar, a investigar y demandar una comprensión de aquello que se le presenta. No podemos crear especialistas que den la espalda a la mera curiosidad, no debemos programar robots alienados que pulsen un botón paulatinamente, poco a poco, durante el resto de su anodina existencia; no queremos falta de motivación, interés y curiosidad. En la voracidad del día a día, en la competitividad de una sociedad meritocrática, alentamos la zancadilla, premiamos la picaresca y reforzamos la nulidad en pos de la especificidad delimitada. Mostramos a nuestros hijos la decadencia de una vida orientada a un éxito determinado. No permitimos el disfrute del momento, obligamos a esquematizar, concentrar y reducir ese impulso indagador, para alienar la duda en pos de una vida controlada, examinada y previamente construida. En esta vida tratamos de memorizar, no de comprender; de combatir, no de disfrutar; de devorar, no de digerir; una sarta de acciones que crea jóvenes preparados para ser parte de un gran mecanismo. Nace, estudia, trabaja y muere. Debemos luchar contra una nación que oprime la curiosidad, que penaliza la creatividad y que reglamenta la inquietud.

[Tercer apunte: Educación ≠ dominación]

Finalmente debemos hacer frente a uno de los delirios que nos afecta más consistentemente a nuestra etapa adulta: creer que la educación es cosa de niños. El ser humano no deja de aprender cuando llega a su etapa adulta y este

proceso no es algo unidireccional que se da de un padre a un hijo, de un tutor a un alumno o de un experto a un lego. La educación es algo bidireccional que implica a dos personas que se correalizan, que coexisten y se compenetran, que se implican, se destruyen y se mezclan para dar como resultado una simbiosis en la cual el producto tramitado es la suma de dos individuos, es una mezcolanza, un embrollo, una mezcla que junta y agrega, que asocia y combina dos vivencias, dos perspectivas, dos existencias que involucran, amplifican y desarrollan el conocimiento del mundo que les rodea. Basta ya de jerarquías, basta ya de rangos, categorías y clases. No podemos seguir dando autoridad a un especialista por el simple hecho de serlo, no podemos sentirnos menospreciados por no saber quiénes fueron Aristóteles o Platón, cual es la raíz cuadrada de 25 o en qué año ocurrió la revolución francesa. Debemos comprender que devorar información y poder recordarla no es parte de la educación, que repetir insistentemente datos no es conocimiento, y que asumir aquello que dice un especialista simplemente por el hecho de ser especialista no es educar. Debemos ayudar a reflexionar, no imponer; dar las bases para poder enfrentarse a una vida, no imponer; facilitar las herramientas para la construcción del propio individuo, no imponer; auxiliar, socorrer, guiar... no imponer.

[Reflexión]

A la luz de estos tres apuntes sobre educación concluiremos que la educación no debe ser orientada a la competición voraz. Educar es ayudar a comprender el mundo que nos rodea y la imposición de una doctrina dogmática no ayuda al crecimiento de una persona. Hay que dejar fluir, correr, resbalar, caer, siempre guiando y no ordenando, y sin olvidar que en esa interacción entre el ducho y el neófito hay más de cooperación que de imposición.

Aunque el concepto de educación puede variar según el contexto en el que nos movamos el más útil para esta argumentación sería el siguiente:

Proceso multidireccional mediante el cual se transmiten conocimientos, valores, costumbres y formas de actuar.

En el ámbito de la educación se parte de una base uniforme, (tanto si hablamos de conocimientos, como valores, costumbres, etc.) que en su origen está diseñada para facilitar las relaciones, la convivencia y la oportunidad a cada nuevo individuo que comienza su formación, para así dar la misma igualdad de oportunidades y herramientas.

El principal problema surge cuando olvidamos la definición de educación y con ello su naturaleza, que no es, o no debería ser otra que la formación intelectual y personal del sujeto para favorecer su desarrollo, permitiéndole alcanzar las cuotas o límites que se ponga dentro de los parámetros y diversificaciones que él mismo elija.

Estandarizar la educación como excusa para igualar oportunidades y herramientas no sólo puede producir malos resultados a nivel general, sino que a nivel particular desfavorece la aparición de habilidades y conocimientos potenciales en las personas que reciben esa educación. Howard Gardner, psicólogo norteamericano de la Universidad de Harvard, escribió en 1983 *Las estructuras de la mente*, un trabajo en el que consideraba el concepto de inteligencia como un potencial que cada ser humano posee en mayor o menor grado, planteando que ésta no podía ser medida por instrumentos normalizados.

Gardner, propuso varios tipos de inteligencia:

- Inteligencia lingüística: capacidad de usar las palabras de manera adecuada. Implica la utilización de ambos hemisferios cerebrales.
- Inteligencia lógica-matemática: capacidad que permite resolver problemas de lógica y matemática. Era la predominante en la antigua concepción unitaria de "inteligencia".
- Inteligencia musical: capacidad relacionada con las artes musicales. Es conocida comúnmente como "buen oído".
- Inteligencia espacial: la capacidad de distinguir aspectos como color, línea, forma, figura, espacio, y sus relaciones en tres dimensiones.
- Inteligencia corporal-kinestésica: capacidad de controlar y coordinar los movimientos del cuerpo y expresar sentimientos con él.
- Inteligencia intrapersonal o emocional: está relacionada con las emociones, y permite entenderse a sí mismo. Relacionada con las ciencias psicológicas.
- Inteligencia interpersonal o social: capacidad para entender a las demás personas con empatía, está relacionada con las emociones.
- Inteligencia naturalista: la utilizamos al observar y estudiar la naturaleza para organizar y clasificar.
- Inteligencia existencial o filosófica: la capacidad para situarse a sí mismo con respecto al cosmos y autosugestionarse.

Evidentemente, si es que se puede, es extremadamente complicado catalogar o especificar la inteligencia, pero el intento de Howard Gardner nos sirve por ahora para desarrollar de manera introductoria el tema y volver al concepto de educación.

Cuando en la fase primaria de la educación, fase en la que se están asentando los conocimientos base que todos

compartirán, aparecen los primeros indicios de qué tipo de inteligencia tiene predisposición a desarrollar el individuo. Los formadores, que a su vez fueron instruidos de la misma manera, apagan constantemente cada chispa, cada resquicio de creatividad o "anomalía sistémica" que aparezca para, sin entrar en observaciones sociales de por qué ocurre esto, conseguir de esta manera desde su punto de vista que el aprendizaje y la formación no sufran ningún desvío o retraso.

Grandes ejemplos, como Albert Einstein, son reflejos perfectos de que calificación e inteligencia poco o nada tienen que ver. El profesor de Einstein escribió: "este chico no llegará nunca a ningún sitio", sus maestros encontraban al joven Einstein lento y se quejaban de que reflexionaba demasiado antes de contestar a una pregunta. Esta divergencia entre rendimiento escolar y éxito profesional se ha manifestado también en otras ramas, como las artísticas. Piensen, por ejemplo, que Giuseppe Verdi no fue admitido en la Escuela Superior de Música de Milán; Picasso, y Leonardo nunca destacaron en sus estudios; Unamuno suspendió la asignatura de literatura; Marguerite Yourcenar nunca pasó por la escuela; y Balzac fue un auténtico desastre: indisciplinado, distraído...

¿Era la falta de talento el causante del mal transcurso, las malas calificaciones y los malos resultados? ¿O un sistema educativo estandarizado e impersonal que no presta atención a las características personales que desarrolla cada sujeto?

Partimos del principio de que se necesita y es enriquecedora para cualquier sujeto, una base de conocimientos generales que le aporten las primeras herramientas para desenvolverse y comenzar el despertar de su inteligencia y sus capacidades. Pero intentar acotar esas capacidades no sólo no favorece al desarrollo de su potencial, sino que es un claro ataque segador a su

creatividad y por tanto al desarrollo de sí mismo y de la sociedad, ya que sin ideas, sin creatividad, ocuparíamos el mismo lugar que hace 1 ó 2 millones de años.

Como ya hemos mencionado con anterioridad, se le da mayor trascendencia a unos valores y educación relacionadas con un tipo específico de inteligencia. Es socialmente aceptado que las personas cuya formación y conocimientos son más "útiles" para la sociedad, desde el punto de vista de los estamentos y sociedades que redactan estas normativas no escritas, tienen mayor apoyo y facilidades para desarrollar y mejorar sus proyectos y conocimientos siempre que estén relacionados. Se considera generalmente de mayor trascendencia y utilidad a un cirujano, por ejemplo, que a un actor o a un pintor. Eso ocurre a pesar de que el cuidado y rodado de nuestras emociones es biológicamente demostrable y tan importante como el mantenimiento y cuidado de nuestro cuerpo.

Un niño de 11 años, instruido en las bases educativas comunes, es capaz de reconocer, utilizar o recitar de memoria varios tipos de cálculos matemáticos, más de 15 países con sus capitales, 3 o 4 gamas de colores, ríos, mares, equipos de fútbol, grandes clásicos de la literatura etc... Pero si le pides que desarrolle conceptos como el amor o la muerte, no sólo se verá incapacitado o titubeante, si no que no le verá ninguna utilidad práctica y abandonará el intento de desarrollarlo rápidamente.

Esto se debe al modo en que está enfocada nuestra educación, pensada para desarrollar un arquetipo y no para crear mentes capaces de generar ideas, conceptos o creaciones particulares; e incapaces de un análisis crítico de su entorno. En conjunto se mata literalmente la creatividad y por lo tanto, como ya hemos dicho, el progreso real. De manera simultánea a su educación, un niño/a debería ser apoyado por sus formadores o instructores, para formularse casi de manera constante preguntas que no pueda

responder de manera inmediata, a investigar, a desarrollar conceptos propios, a tener actitud crítica, a tener en cuenta los por qué y los cómo aunque éstos no puedan ser respondidos.

"Las preguntas que no podemos contestar son las que más nos enseñan. Nos enseñan a pensar. Si le das a alguien una respuesta, lo único que obtiene es cierta información. Pero si le das una pregunta, él buscará sus propias respuestas." Patrick Rothfuss

Educación y aprendizaje son conceptos diferentes pero que caminan de la mano durante casi todo el trayecto. La formación como aprendizaje debería ser continua y constante para que se pueda cumplir ese desarrollo y potencial, que se supone, se intenta alcanzar.

Llegar a la premisa de que hay conocimientos, situados en el pedestal de las verdades que no se pueden cambiar, no consigue si no limitar la capacidad de abstracción y la inteligencia creativa. Nos limita y nos aleja del potencial humano.

El miedo a estar equivocados es, como indica nuestro propio origen, naturalmente humano, pero si no estás dispuesto a equivocarte difícilmente conseguirás algo. Aprender es algo maravilloso y esencial, pero obligarse a ser enseñado es una trampa de cristal que apenas se sostiene.

Para crear, a veces, hay que destruir. Aquello que lleva cimentado y anclado a lo largo de los años no tiene por qué estar exento de renovación e innovación y, por supuesto, la educación no es una excepción. Debe evolucionar y cambiar al mismo ritmo que lo hacen las personas y a su vez la sociedad, ya que forma parte de nosotros mismos.

Cuando el actor, filósofo y especialista en artes marciales Li Xiaolóng (Bruce lee) tenía 13 años, allá por 1953, empezaron a aparecer en nuestro vocabulario conceptos de medicina como trastorno de déficit de atención o

hiperactividad. El joven Lee era un estudiante desastroso y se encontraba inmerso constantemente en peleas callejeras y conflictos de todo tipo. Sus profesores, la policía y sus propios padres, se contentaban explicándose unos a otros que no era capaz de prestar atención a nada, que tenía una hiperactividad incontrolada y que básicamente era poco más que un zoquete. Por suerte se cruzaron en su camino dos personas con una mente más abierta y una capacidad de observación mayor, Wong Shun Leung y Yip man. Estas dos personas, que luego se convertirían en sus primeros maestros, observaron al muchacho con amabilidad, calma y atención, por lo que concluyeron que no le ocurría nada, sino que su energía y potencial estaban siendo mal enfocados, que poseía una inteligencia kinestésica muy elevada y que ésta estaba siendo desaprovechada y controlada de manera artificiosa. Ese fue el primer paso, ese pequeño detalle, para que comenzara el proceso a través del cual hoy nos llega su obra.

De la misma manera que dos personas diferentes no andan de la misma forma, no tienen por qué pensar o desarrollar sus habilidades del mismo modo. Dedicándole un pequeño espacio de su educación a observar y encender cualidades más instintivas o innatas, podemos favorecer que la aparición de esas personas, a las que la propia sociedad autodenomina "genios", no sea un hecho aislado que parezca empujado solamente por el azar; sino que podríamos alcanzar cuotas del potencial humano que no somos capaces si quiera de imaginar.

Tal vez así dentro de un tiempo, unas cuantas generaciones después, nazca un hombre nuevo.

Pongamos que hablamos de cine. Pongamos que el séptimo arte puede representar las facetas humanas con tanta minuciosidad como las demás artes (pese a que aún existan dinosaurios intelectuales que se resisten a llamarlo ARTE). Digamos que el cine puede llegar a mostrar una profundidad psicológica tal como la de Dostoievski, el pesar de una época como la de Pollock, la espiritualidad de la *Pieté* o la espontánea pasión de Doisneau. El cine puede hablar tanto de educación como de política, ética, etc. Por todo ello me congratula iniciar el debate en esta revista alrededor del celuloide, que espero continúe en sucesivos números y al cual se unan nuevas participaciones.

Actualmente asistimos, ahora sin asombro, a una sociedad asomada constantemente a la "pantalla oscura" donde sin extrañeza se opta por utilizar las posibilidades de la cámara como un método didáctico. El séptimo arte se posiciona como una herramienta que en ciertos casos suministra ejemplos tan útiles como un manual, las obras fílmicas son estudiadas como muestras de la historia y, como si de esculturas atenienses se tratara, comienzan a aparecer fotogramas en los libros de texto. No es raro ver como cada vez más docentes sustituyen una de sus clases por la proyección de un film, en los colegios ya no sólo hay espacio para los documentales y en las aulas se escurre el cine con mayúsculas; en las universidades los cine fórum dejan de ser algo exterior a las docencias y entran en las explicaciones, se citan cintas en tesis y trabajos, y las teorías estéticas alrededor del cine se multiplican cada día. Es el arte más joven y al que parece que más le queda por ofrecer. Por algo están aquellos que lo consideran el "arte total", aquel arte que Nietzsche contemplaba en

Goethe y Wagner; ese que aúna prosa, imagen y música en una perfecta armonía.

Y también podemos hablar de Nietzsche largo y tendido para referirnos a la educación. Un autor multiusos que sirve para colocarlo en cualquier lugar, usado en trabajos como bastón de apoyo por cientos de personas, además de ser referencia coloquial de bar y primera excitación literaria del adolescente tardío. Pero pese a su fama e impronta social puede que sea uno de los maestros a los que más se les han ignorado sus lecciones. Evidentemente el programa moral y de desarrollo humano nietzscheano es el polo opuesto de lo que seguiría el mundo desarrollado y, particularmente, de lo que siguió el sistema académico alemán. No voy a hablar de Nietzsche, sin embargo mi capricho me lleva a hablar de la educación alemana, una de las más conocidas y examinadas tras los terribles acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. Como adelantaba, me serviré del diagnóstico fílmico, entre otras herramientas, con la propia voz de alemanes que examinan desde diferentes dimensiones discursivas este campo.

Cuando Nietzsche ponía bajo su punto de mira una cultura de la envidia y el odio, nacida del mismo seno de Grecia y extendida en la historia hasta la manifestación más elevada de su evolución en la educación protestante alemana, estaba diagnosticando un problema fundamental que, muy poco después de su muerte, en la entrada del s. XX, la Primera Guerra Mundial (un ensayo de la que vendría justo después). También han esbozado una problemática clave en esta reflexión, continuando a Nietzsche, la relación triádica de los diferentes pensadores que dispongo entre Haneke, Hesse y Adorno. Con estos tres alemanes nos preguntamos desde tres lugares distintos cómo fue posible

Auschwitz, pregunta ante la cual los tres señalan con decisión a la educación. En la novela *Bajo las ruedas*, Hesse nos describe cómo es arrebatado el tesoro de la infancia bajo una fuerte moral que exhausta y persigue a Hans hasta su final. La educación, que practica su tiranía sobre la espalda del niño, le roba el aire; asfixia de la que sólo puede sobrevivir gracias a su compañero, su oasis, un poeta enamorado que se presenta como un ser en peligro de extinción dentro de las aulas y a por el cual se dirigirán todos los ataques. Muchacho que no sobrevivirá el paso por el seminario, dándose liberador suicidio. De la misma forma que nuestro protagonista, una vez fuera del dominio de los profesores y en calma, se hace consciente de que tras el vaciamiento emocional no es capaz de vivir una vida normal, de modo que pierde fuerzas, se abandona, y poco a poco muere de tristeza sin llegar a entender el motivo de su sufrimiento. De la misma manera y ambientado en años cercanos, Haneke en *La cinta blanca* se dirige a la juventud anterior a la primera guerra mundial, expone el férreo régimen doctrinal de la educación protestante alemana en un pueblo donde la violencia hace acto de presencia. Nadie conoce al culpable, alguien apunta a los niños. Son los culpables sin culpa, en este momento histórico se están gestando dos guerras mundiales a través de los más jóvenes. El mismo autor afirma que su película trata sobre "*el origen de todo tipo de terrorismo, sea de naturaleza política o religiosa [...] es un microcosmos que representa el macrocosmos de la sociedad de manera muy eficaz*". Síntoma que diagnostica profundamente, desde la filosofía, T. Adorno en su conferencia *La educación después de Auschwitz*, donde echa su mirada atrás para examinar lo que pudo fallar con esos niños que años más tarde serían llamados nazis. Es inevitable preguntarse: ¿tenían algo diferente al resto de la personas?, ¿tenían la humanidad suficiente como para ser llamados personas?, ¿fue accidental su formación o todos los

condicionantes estaban perfectamente dispuestos para la emergencia del nazismo? Todas estas incógnitas son examinadas por el frankfurtiano, que busca los determinantes que explican este evento histórico y el comportamiento de sus participantes. Esboza rasgos de una sociedad violenta, descontenta, animalizada y vacía. De nuevo, el crimen sin culpable que también examina Hanna Arendt alrededor del juicio de Eichmann.

Tras estos exámenes la posterior pregunta es otra: ¿puede repetirse? Haneke subtitula su película *Una historia alemana para niños*, con esto quiere decir que su obra contiene una lección educativa que los niños deben aprender y que aún es muy necesaria. En definitiva, su respuesta es sí. T. Adorno amenaza, sin atisbo de duda, que si nada cambia puede darse un Auschwitz de nuevo, terrible predicción igual de vigente en el s. XXI. La cinta *La ola*, dirigida en 2008 por Dennis Gansel, basada en la novela de Todd Strasser, que a su vez se inspira en el experimento de 1967 de Ron Jones, *La Tercera Ola*, también responde a esta pregunta formulada. Experimento que demuestra cómo, incluso en las sociedades libres y democráticas, puede existir cierto atractivo ante las ideologías autoritarias. Ante el aburrimiento de los alumnos en las clases de historia, alumnos que no llegan a comprender por qué los alemanes se vieron vulnerables a la recepción del régimen nazi, llevan a su profesor a formularles la siguiente pregunta: ¿Se podría dar un tipo de autoritarismo de nuevo? Ante la respuesta negativa el profesor acepta el reto de poder demostrarles que sí. Aquí empieza el experimento, se les imponen unas normas básicas, se crea un saludo y unos símbolos, un carnet de pertenencia a un grupo y uniformes. Y en tan solo cuatro días ante el profesor ya había doscientos miembros organizados al grito de "Disciplina para la fuerza", se autogestionaban y reprimían a quienes

incumplían las normas dentro del grupo. A diferencia del film, el experimento tuvo que ser parado al quinto día debido a la velocidad de su desarrollo y a la pérdida del control de los alumnos por parte del profesor Jones. Terrible mensaje el que nos dejan estas advertencias para el futuro más próximo.

[Este texto es un fragmento de un artículo más extenso al que se puede acceder a través del blog de Da capo!]

EDUCACIÓN DE LA COMPETENCIA SOCIAL Y PREVENCIÓN DE CONFLICTOS: LA FAMILIA Y LA ESCUELA

Alba Sánchez

*La tarea del educador moderno
no es podar las selvas, sino
regar los desiertos.*

Clive Staples Lewis

No soy pedagoga ni docente. Soy trabajadora social y tengo una labor educativa en y con la sociedad, o al menos así entiendo yo una parte importante de mi profesión. En mi experiencia, no sólo profesional, sino también vital, me he ido haciendo cada vez más consciente de que, en general, no sabemos relacionarnos positivamente con las personas que nos rodean.

Menuda contradicción: nacemos en un contexto social y estamos destinados, o incluso podríamos decir 'obligados' a socializarnos en todos los ámbitos de nuestra vida, sin embargo, aunque poseemos las habilidades necesarias, no las utilizamos o *no sabemos utilizarlas, porque no nos enseñan a hacerlo*. Es en esta última idea en la que quiero centrar este texto, inspirado en mi experiencia como educadora y trabajadora social en centros de menores y como "mediadora" en centros educativos de secundaria.

Una de las principales herramientas, a la vez que característica innata, que poseemos y utilizamos para relacionarnos con los demás y con lo que nos rodea es la comunicación. Aprendemos a hablar como parte del proceso de desarrollo y de socialización, pero ¿por qué no se nos enseña a potenciar al máximo nuestras capacidades en pos de una mejor comunicación y relaciones con los demás? Es más, ¿existe una verdadera conciencia sobre la importancia de adquirir, desarrollar y mejorar nuestras habilidades o "competencia social"?

Sin entrar en definiciones teóricas ni cuestiones de psicología social, considero que es importante que el lector tenga un punto de referencia para comprender de qué estoy hablando. Cuando hago alusión a los términos “competencia social” o “habilidades sociales”, me refiero a todos aquellos comportamientos y conductas que se aprenden, que están relacionados con nuestra adaptación social, esto es, al entorno y la sociedad en que vivimos, así como a nuestras emociones.

La llamada competencia social incluye o engloba habilidades cognitivas y conductuales, habilidades para iniciar y mantener relaciones saludables con los demás, medios para la resolución y manejo de los conflictos, habilidades para protegerse del aislamiento o para manejar la afectividad, entre otras cuestiones, que a nivel personal, considero básicas para el adecuado desarrollo de las personas.

La competencia social, por lo tanto, al estar formada por conductas y comportamientos, se puede enseñar. Es aquí donde encajaría la cuestión sobre a quién o quienes les corresponde hacerlo. ¿Son los docentes los únicos responsables de estos temas? Mi respuesta es un no rotundo, pero la razón para realizar este planteamiento no es alimentar la polémica sobre educación vs. enseñanza, sino señalar la importancia de la corresponsabilidad de la escuela y las familias en la enseñanza y educación de nuestros niños y niñas.

El trabajo con adolescentes es difícil, mucho más cuando, a las dificultades que entraña esta etapa de la vida, se le suman otro tipo de problemáticas. En mi experiencia, he visto surgir conflictos y he sido protagonista de algunos también. No sólo como profesional, sino también como persona, en mi día a día junto a mis seres queridos.

En toda relación entre personas y en todo tipo de

contextos, surgen conflictos y problemas, pero en general, existe una imagen negativa del conflicto. Automáticamente, al hablar u oír hablar de conflicto, lo asociamos con sentimientos como pérdida, frustración, decepción o rabia, por no hablar de la idea, errónea pero bastante extendida, de que conflicto es igual a violencia. El conflicto puede ser positivo o negativo, puede ser el motor del cambio constructivo o también algo destructivo, dependiendo de cómo lo abordemos. De ahí la necesidad de aprender a gestionar las emociones y a convivir con quienes nos rodea.

El pasado curso 2012-2013 realicé un máster en mediación, en el que aprendí mucho sobre conflictos así como sobre la forma de abordarlos y resolverlos, pero con el que he reforzado aún más mis ideas sobre la necesidad de la prevención frente a la intervención.

¿Cómo podemos prevenir la aparición de conflictos? La principal herramienta es la educación, pero ésta no puede consistir únicamente en transmitir conocimientos y, transversalmente, determinados valores. En la escuela, el alumnado aprende a desarrollarse en diferentes ámbitos, como el social, el normativo, el emocional o el intelectual. Aprender a relacionarse, a respetar la diversidad, a convivir de manera tolerante y a gestionar las situaciones conflictivas, es algo que debe ir de la mano del desarrollo intelectual y la adquisición de conocimientos en el currículum educativo.

Pero no corresponde únicamente a los docentes esta labor, sino que es necesaria la responsabilización de la familia, tanto en el hogar como en colaboración con el equipo docente de los centros educativos.

Eso sí, para que el profesorado y las familias puedan ofrecer una formación a los alumnos/hijos para aprender a desarrollar y mejorar todas esas habilidades de las que vengo hablando, es importante que primero las desarrollen y mejoren a nivel personal, es decir, que adquieran formación

sobre estas cuestiones. Esta formación no puede basarse únicamente en una explicación teórica sobre conceptos como empatía o asertividad, sino que se debe ofrecer un espacio donde ponerlas en práctica, ensayarlas y corregir los malos hábitos de comunicación interpersonal.

La puesta en marcha de programas formativos complementarios sobre habilidades sociales, conflictos y resolución de conflictos dentro de los centros educativos, -sobre todo en Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato-, es una medida con la que comenzar a ofrecer soluciones ante las problemáticas que se suceden en dichos centros, principalmente relacionadas con la disciplina, convivencia y conflictos.

Desde la institución educativa se debe seguir promoviendo la participación de las familias en las actividades del centro, la implicación de los padres en el desarrollo de las acciones formativas, etc., fomentando la unión y continuidad entre los procesos de aprendizaje que se llevan a cabo en el centro educativo y aquellas pautas que se desarrollan en el hogar, con la familia.

En definitiva, se trata de intervenir en el momento presente pero con objetivos de cara al futuro, dotando a nuestros jóvenes, los adultos del mañana, de competencias, habilidades, capacidades y aptitudes para desenvolverse de manera positiva en todos los aspectos de su vida personal y profesional.

¡A regar desiertos pues!



ORGANIZACIÓN Y DIRECCIÓN

Aldo Córcoles Martínez
Alejandro Villar Navarro
Carlos Álvarez Díez
Francisco David García García
Jaime Buedo Alarcón
Laura Romero Sánchez
Omar Linares Huertas

COLABORADORES

Alba Sánchez
José Gallardo
Julia Gómez García
Manu Fernández García

ILUSTRACIÓN PORTADA

Beatríz Juan Córdoba

ILUSTRACIÓN INTERIOR

Eresé Hernandez García

MAQUETACIÓN

Alejandro Villar

IMPRESIÓN

Hiperpapelería Jiro

¿Quieres participar en Da capo?

Buscamos **artículos** de entre 1000 y 1500 palabras para la 4ª entrega de nuestra revista.

En el próximo número nos centraremos en el tema de la **UTOPIA**, se podrán entregar los artículos hasta **finales de febrero**.

Los artículos se deberán entregar en formato word u openoffice a través de nuestro correo, con el título del artículo y el nombre del autor. Para más información sobre los requisitos de publicación consultad el blog de la revista.

Del mismo modo buscamos **portada**, con la temática **UTOPIA**.

Para cualquier duda, sugerencia o para entregar los artículos os podeis poner en contacto a través de:

revistadacapo@gmail.com

